

ASTROLOGÍA MEDITERRÁNEA

La cultura occidental europea mantiene en permanente olvido su más antigua esencia. Los pueblos medievales de Europa olvidaron la antigüedad clásica, y mil quinientos años después los árabes tuvieron que reencontrarla, adaptarla y reinterpretarla

Más tarde, los pueblos cristianos olvidaron de nuevo la sabiduría de los árabes y el Renacimiento tuvo que redescubrir su legado: habían pasado cuatrocientos años.

Sin embargo, al mismo tiempo los príncipes del Renacimiento emprendían la persecución y la expulsión de los judíos europeos.

Más tarde, finalizando el siglo XVIII los europeos despreciaron los conocimientos renacentistas y del barroco, imponiendo la revolución de las ideas. Las ciencias emergentes en el siglo XIX, desechaban la esencia mística europea: alquimia, hermetismo, cábala, astrología, medicina de las plantas naturales.

Las Ciencias Ancestrales sucumbieron acusadas de ignorancia y superchería. Sólo quedó el silencio dormido del saber de otras épocas. Las antiguas bibliotecas de Europa guardaron desde entonces, discretamente, un enorme legado de sabiduría, desconocida para el pueblo; pero esto no impide que la cultura occidental y su tradición social sean herederas de un tesoro antiguo, complejo y asombroso, latente en nuestros gestos más cotidianos, en nuestras costumbres y en nuestro sentido del mundo.

Occidente se lamenta silenciosamente de su olvido, volviendo la vista hacia otras culturas que han sabido recordar sus orígenes con mayor eficacia. En nuestras tierras la *“costumbre de olvidar”* se remonta a tiempos lejanos y comienza con el silencio que se ejerció sobre la tradición celta atlántica después de la colonización que el cristianismo hizo de sus costas.

La riqueza occidental europea se basa en aspectos tan desconocidos para sus habitantes, como por ejemplo, la mezcla de sus etnias y las originales aportaciones culturales de sus minorías, siempre discriminadas, perseguidas, masacradas o exiladas.

¿Y todo esto, por qué? Es fácil destruir impunemente lo que no se conoce, lo que no se comprende.

¿Es nuestra incompreensión tan profunda y nuestra sensibilidad tan pequeña?
¿Por qué estamos destinados a redescubrirnos una y otra vez en los restos del naufragio que nosotros mismos hemos provocado?

Es hora de verificar si creemos en nuestra propia continuidad, a pesar de que nuestro lenguaje exprese sin cesar todo lo contrario.

¿Nos desborda el exceso de raciocinio? ¿Nuestra visión del mundo, casi estrictamente económica, está agotando nuestra alegría de vivir?

¿En que recodo sensible de nuestra inteligencia escondimos la capacidad mística de Occidente? ¿Dónde olvidamos el verdadero amor por nosotros mismos como pueblo?

Con desesperanza y hastío, muchas veces creemos haber agotado nuestra cultura y huimos hacia otros mundos, otros lugares, otras religiones y otras costumbres; nos enamoramos de otras formas de configurar las relaciones humanas y usar el tiempo; nos enganchamos a formas ajenas de mirar el mundo.

Todo nos parece mejor que nuestra tradición y sin embargo no la conocemos; la mayoría de los habitantes de los países occidentales de ambos lados del Atlántico saben muy poco de cuándo y cómo se conformó nuestra manera de pensar, de sentir, de vivir, de morir. No tenemos ni idea de cual ha sido nuestro *“verdadero pasado”*. Nuestra satisfacción cultural se basa en una serie de pequeños o grandes acontecimientos de los cuales nos sentimos orgullosos o avergonzados, pero desconocemos el resto y lo consideramos *“supersticiones propias de una sociedad ignorante que ya hemos superado”*.

Son muchos los europeos que siguen convencidos de que se está erradicando la ignorancia de nuestro continente desde que se emprendió la feroz lucha contra las Artes Antiguas. La ciencia empírica nacida en Europa en el siglo XVIII es para muchos el paradigma del desarrollo de nuestra civilización.

Nuestra mirada es corta, pero la experiencia de vivir es cíclica.

¿Cuándo retornaremos al origen? Cuando nuestra sociedad contemporánea vuelva su mirada reconciliada hacia la inmensa muchedumbre de antiguos sabios, eruditos de las ciencias antiguas y de las artes, que trabajaron durante milenios en la búsqueda de la verdad. Entonces, y sólo entonces, encontraremos la riqueza y la grandeza de nuestra herencia.

Entonces, y sólo entonces, podremos hablar con conocimiento de causa del lenguaje universal, lenguaje común a todos los pueblos del mundo: entonces nos sentaremos, como iguales, a su lado.

Ojala encontremos el camino de retorno a los símbolos universales a través de los signos que nos son propios. Ojala nos demos el placer y la esperanza de reconocernos en la sabiduría guardada en las Antiguas Ciencias Occidentales, entre las que se encuentra la Astrología Mediterránea.



Carmen de Hita